

# José M<sup>a</sup> Haro y su disponibilidad sin límites

✦ Juan C. Valderrama Abenza

Vicepostulador de la causa

En unas semanas, el día 6 de agosto, se cumplirán cincuenta años del nacimiento al cielo de José María Haro Salvador, fiel laico, magistrado del trabajo y padre de familia numerosa cuya Causa de Canonización acaba de iniciarse formalmente, tras tantos años de espera, en la diócesis valentina. Con ello cobra definitivamente forma no solo el deseo de muchos que se encomiendan confiados a su intercesión desde antes incluso de que el proceso comenzara, sino el trabajo también, muchas veces costoso, que tantos han dedicado a hacer posible que su ejemplo siga brillando ante los hombres y les conduzca –nos conduzca– hacia Dios.

Porque esta causa, en efecto, viene de lejos. No empieza ahora. Todo comenzó cuando nuestro arzobispo Olaechea, haciéndose eco del deseo del párroco de San Martín, D. José Plá, hacía públicamente suyo su deseo de que se iniciaran los trámites para la instrucción de este proceso. Era el 30 de enero de 1966, apenas unos meses después del fallecimiento de José María, en el Teatro Principal de Valencia, que se hallaba rebosante. Leyó D. Marcelino la carta de aquel buen sacerdote y llegó al final. “¿Sería mucho pedir –le preguntaba–, cabría esperar que Vuestra Eminencia acariciara la idea o apuntara la sugerencia de que se recogiese en una biografía las muchas ejemplaridades de que ha dado testimonio a muchos otros presentes y futuros apóstoles seculares o incluso se incoara proceso de virtudes que un día pudiera cristalizar en beatificación o elevación a la gloria de los altares?”.

## Y la profecía de don Marcelino

Probablemente reconociera D. Marcelino en esas palabras el que era su deseo; que la misma convicción suya en la santidad de su fidelísimo colaborador, era común a todos los que le hubieron conocido. Dejó aparte la carta y, consciente del significado que como Obispo tomarían entonces sus palabras, continuó diciendo: “¿Causa de beatificación? Pues sí; la Iglesia dirá con infalibilidad lo que nosotros creemos con persuasión: que era un santo”.

Desde ese preciso instante, los hombres de Acción Católica y de la Asociación Católica de Propagandistas, a las que dignificó con su vida ejemplar desde su constitución en Valencia, comenzaron a recabar toda la información necesaria para la instrucción de este proceso. Pronto se multiplicaron los testimonios sobre su vida santa; sobre la heroicidad de sus virtudes, la profundidad de su vida interior; sobre sus desvelos por quienes tuvo siempre por objeto predilecto de su acción profesional y apostólica: las gentes de condición más humilde, el mundo obrero, el magisterio infantil...

Luego, el paso del tiempo, el fallecimiento de algunos, el retiro y más tarde también muerte del buen D. Marcelino, detuvieron temporalmente este proceso, que quedó a la espera de su instrucción oficial. Ésta por fin se produce ahora, cincuenta años después, a instancias de la Asociación Católica de Propagandistas.

Una personalidad tan rica en matices y fecunda como la de José María Haro resulta imposible concentrar en apenas unos rasgos. En todo caso, si alguno pudiera servir de síntesis ese sería, y por encima de cualquier otro, su disponibilidad. Disponibilidad al Espíritu, en primera instancia, de quien se mostró dócil instrumento y por Quien se dejó modelar, a fuerza de oración y sacrificio. Y disponibilidad a la Iglesia, a la que sirvió hasta el último aliento de su vida. Su clara conciencia de pertenencia a Cristo, de ser un simple instrumento en sus manos, hizo de él un alma profundamente eclesial, en un sentido totalmente laical. “Vía de santidad en lo ordinario –recordaba en unos Ejercicios en Loyola–. Propagandista en el mundo, pues. Estima de la vocación. En ella está mi camino de santidad. Puedo y debo aspirar a ella. Como cristiano, casado, propagandista... puedo y debo ser santo”. Desde ahí todo se convertía en él en respuesta generosa a lo que sabía invitación constante del Señor a servirle en los hermanos. Cuántas veces le encontraba la noche atendiendo a quienes buscaban en él ayuda, mediación y consejo. Y cuántas realizando las tareas de servicio más administrativas por razones apostólicas, por la necesidad de otros, o por deseo de servir, sencillamente.

Esa disponibilidad que manifestó en su entrega generosa a las necesidades ajenas hasta lo heroico, tuvo por fundamento una profunda vida interior, que revela –como siempre sucede– el secreto de los santos: la oración constante, el abandono de sí mismo y un amor apasionado, permanentemente joven, filial y confiado, al Señor y a su Madre.